

*La
rosa
más
pura*

MORUENA
ESTRÍNGANA

*La
rosa
más
pura*

MORUENA
ESTRÍNGANA



Ediciones Kiwi

EDICIONES KIWI, 2024
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



Ediciones Kiwi

Primera edición, octubre 2024
IMPRESO EN LA UE
ISBN: 978-84-19939-59-3
Depósito Legal: CS 602-2024
© del texto, Moruena Estríngana
Corrección, Mercedes Pacheco

Código THEMA: FR

Copyright © 2024 Ediciones Kiwi S.L.
www.edicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Nota de la autora

Estás ante una novela inspirada en la historia de *La Bella y la Bestia*. Hay momentos que te lo van a recordar, o palabras que se han usado que te llevarán a ella. Debía tener su esencia..., pero no estás ante un libro infantil. He elevado la historia a otro nivel y me he tomado muchas libertades, que no se parecen en nada a lo original. Vamos, que en este, la Bestia sí se va a comer a la dulce Bella, ya me entendéis. Ejem, ejem...

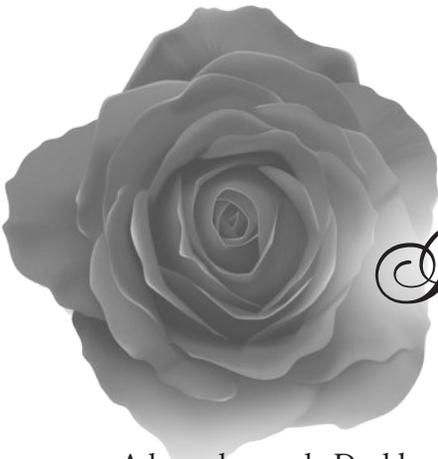
Disfrútala y, sobre todo, ama.

A mi hijo, por amar tanto *La Bella y la Bestia* como yo.
Me encanta ver esta película contigo y cantar juntos las canciones.

A todas las personas que, siendo niñas, amaron como yo la película de *La Bella y la Bestia*; que se la pusieron una y otra vez, cantando todas y cada una de sus canciones. Amando a la Bestia.

«Después de todo este tiempo, él por fin aprendió a amar».

Sra. Potts,
película de *La Bella y la Bestia*.



Prólogo

Adam, duque de Darkbeast, sujetó su mejilla mientras la sangre llenaba sus manos.

—Si no has sido capaz de aceptarme a mí, nadie será capaz de amar a un monstruo como tú. Te vas a pudrir en este castillo. Yo me encargaré de ello.



Adam se movió entre las plantas, sujetando su mejilla llena de sangre.

Los invitados a la fiesta en su castillo seguían ajenos a lo que había acontecido.

Llegó hasta los rosales odiando lo blancos que eran.

Entonces, vio a una joven de largo pelo castaño, que acariciaba los pétalos como si fueran de cristal.

La joven se giró y lo miró. Debía tener unos seis años menos que él; por ese tiempo, contaba con veinte.

Lo miró y, al percatarse de la sangre, corrió a su lado, pero Adam la apartó con enfado.

—Está herido.

—Déjame solo.

La joven no lo hizo.

Acercó su pañuelo a la herida y la tocó sin miedo, ni asco.

Ambos se miraron a los ojos con intensidad, mientras el dolor surcaba el rostro del joven lord. Solo fue un segundo, pero lo suficiente para ser testigo de que entre los dos había habido algo más que una mirada sin importancia.

Hay miradas que cambian el curso de la vida.

—Lo dejaré solo cuando lo cure. —La joven tenía una fuerza en sus ojos color avellana que Adam no había visto.

Se sujetaron la mirada y Adam se dio cuenta de que esa joven no lo miraba como el resto. A él lo observaban como si fuera un dios, pero ella solo veía al hombre.

Tal vez, quería algo de él...

Adam apartó la mano para que la joven saliera corriendo horrorizada, como todos los que se habían cruzado en su camino.

Ni uno solo se había acercado a ayudarlo. Todos corrían hacia la fiesta, haciendo que los odiara todavía más.

¡Él era el hombre más apuesto de Londres! ¡Estaba a punto de casarse con una princesa que lo haría príncipe! ¡¿Cómo osaban a repudiarlo?!

La joven solo lo miró y se rasgó el vestido para curar su mejilla.

Lo tocó con decisión.

Tiro de él hacia las cocinas y calentó agua caliente, haciéndose cargo de la situación. Era algo poco común en una lady.

—Una joven de su posición no sabe nada de heridas.

—No hable.

Adam no vio el dolor en los ojos de la chica.

Esta empezó a limpiar la herida con agua caliente, con sumo cuidado y cariño. Con la misma ternura con la que Adam le había visto acariciar los pétalos de las rosas.

Lo curó tras darle mucho alcohol, para que no le doliera tanto, y empezó a coser la herida tras quemar la aguja.

Lo hizo con delicadeza, como el que cose un lienzo con hilos de seda.

Adam cerró los ojos, preso del dolor, mientras la joven lo curaba.

—No es propio de señoritas —insistió borracho—. Escondes secretos.

—Como todos. —Siguió cosiendo su herida

El médico llegó cuando terminó de coser el corte. La zona estaba hinchada y hasta que no bajara la inflamación no se podrían evaluar los daños.

Adam perdió el conocimiento por el dolor.

Sonó con la joven; le sonreía de una forma que hacía años nadie le ofrecía.

Cuando despertó, la joven ya no estaba. Tampoco los invitados, y, lo peor, es que esa noche murió un hombre en el castillo. Era uno de los tantos primos que tenía.

A partir de ese momento, corrió el rumor de que había sido él.

Pero Adam no recordaba nada...



La princesa canceló la boda tras mirarlo con asco.

La gente odiaba mirarlo la cara, y, por eso, mandó crear una máscara negra que cubriera la mitad de su rostro. Se dejó crecer el pelo y la barba, y se fue volviendo cada vez más huraño.

Hasta que se quedó sin sirvientes, ni amigos. Salvo un par de primos, a cuál más odioso.

Uno de esos primos horribles era lord Radcliffe. Lo odiaba porque siempre andaba cerca para recordarle que, si no se casaba, lo perdería todo. El otro, que no tenía dónde caerse muerto y que siempre le robaba los mejores licores, era lord Morris.

Tenía una familia muy extensa, pero pocos estuvieron a su lado cuando la soledad asomó a su puerta.

Su abuelo tuvo cuatro hijos. A los tres primeros les dio tierras y dinero, junto al título de duque. Pero, al último, el padre de lord Radcliffe, solo un condado, unas pocas tierras, y la posibilidad de heredar todo si Adam y sus padres morían sin descendencia.

Se rumoreaba que esto se debió a que no creía que fuera su hijo. Sospechaba que su abuela lo había sido infiel, pero, sin pruebas, solo le podía castigar sin títulos de mayor rango.

Por eso, siempre andaba cerca de Adam, junto con lord Morris.

Adam los odiaba a los dos por igual, aunque al primero algo más. Con lord Radcliffe tenía una cuenta pendiente.

—Mi hija cree que la llevaré a la temporada este año, porque con diecinueve años espera que me apiade de ella... —Lord Morris se rio mientras sacaba una bolsa de dinero.

Lord Morris se casó con una joven viuda, cuando esta esperaba un niño. Lo hizo, para conseguir el dinero que ofrecía el padre de esta, para que su hija no se viera criando a un hijo sin la protección de un hombre.

Nació una niña y a los pocos meses murió la madre.

Se rumorea que lord Morris había tenido algo que ver, y sabiendo lo desgraciado que es, a Adam no le extrañaba que fuera culpable.

No conocía a su hijastra. Sabía que había estado en su castillo en alguna de sus fiestas, pero nunca habían sido presentados. Lo único que sabía de ella era que su padre no había invertido el dinero que su suegro dejó para la educación de su nieta, su presentación en sociedad y su dote.

Los tres se encontraban en una de las salas de su castillo. Adam no los quería allí, pero sus dichosos primos entraban en su hogar cuando se les antojaba.

Adam no había salido de este desde que fue herido. Por eso, los soportaba lo justo para jugar unas partidas, ganarles el dinero y perderlos de vista. Sabía que un día la vida le daría la oportunidad de vengarse de la familia Radcliffe.

—Deberías arreglarte un poco e ir a Londres para la temporada. —Adam miró a su primo lord Radcliffe—. Como no tengas un heredero, será mío todo lo tuyo.

Adam odiaba esa posibilidad, y tenía sus motivos.

Lord Morris trató de hacerles trampas de nuevo, ya que les debía mucho dinero. Más del que podía pagar.

—Le propongo algo. —Adam miró a su primo lord Radcliffe. No tramaba nada bueno—. Su hija pasará a ser su protegida. Al fin y al cabo, por matrimonio, sois primos lejanos. —Adam lo miró, pensando que estaba loco—. Si en un año consigue que sea presentada en sociedad, convirtiéndose en una respetada dama, y que, a pesar de tener varios pretendientes, lo elija por encima de todos, me alejaré de su vida para siempre. ¿No es eso lo que más desea?

Claro que eso era lo que más deseaba. Lo odiaba y, por eso mismo, lord Radcliffe osaba venir a su castillo para recordarle que todo eso sería suyo. Sabía que Adam haría lo que fuera para perderlo de vista.

—¿Y cuál es el truco?

—Nada, pero si gano yo... Este castillo será mi nuevo hogar.

—¿Mi castillo?

—Sí, mi padre debió tener uno igual, como sus hermanos, pero nuestro abuelo no quiso darle el dinero suficiente.

Su abuelo mandó construir castillos para sus tres primeros hijos, donde ellos quisieran, y, como la madre de Adam era de Londres, este se levantó a unas horas de la ciudad. Todo fue tal como su madre quiso, porque su padre solo tenía ojos para su joven esposa.

—Sigo sin ver dónde está la trampa.

—La hija de lord Morris no ha sido educada para ser una lady, y este bruto se ha gastado su dinero. Solo tendrá un año por delante, y, si esa joven puede elegir entre un esposo, su libertad o tú... —pasó a tutearlo con su sonrisa ladina—. Estoy seguro de que nunca elegirá amar a una bestia. —Se rio.

—No me gustan tus juegos... —También lo tuteó, alejándose de la educación formal y tirante.

—Bueno, pues no aceptes el juego. Total, al final tu herencia pasará a ser mía o de mis hijos, pero nunca de los tuyos.

—Yo, si me perdonáis la deuda, os cedo la tutela de mi hija. Al fin y al cabo, a nadie le extrañará que Anabella se convierta en la protegida de su primo, el duque. Lo verán de lo más normal.

No tenían la misma sangre, pero lord Morris la había adoptado como su hija, por lo que nadie vería extraño que apoyara a una prima para buscar esposo.

—Y luego el monstruo soy yo —murmuró Adam.

—Bueno, ¿qué dices, primo? ¿Aceptas? En el trato no entra que la ames. Los dos sabemos que eres incapaz de amar a nadie más que a ti mismo o las riquezas. Por eso, has acabado así. —Mira su máscara y sus oscuras ropas.

Adam lo pensó. Era una oportunidad para conseguir que su primo desapareciera de su vida para siempre; odiaba verle la cara. Dudaba de que esa mujer lo acabara queriendo, pero haría lo posible por engañarla y que lo amara.

Su primo tenía razón en una cosa: su corazón era incapaz de albergar amor por nadie. Hacía tiempo que la poca humanidad que tenía había desaparecido.

—Acepto.

—Perfecto. La próxima temporada veremos si eres capaz de hacer que esta joven sea una debutante respetable, con el mundo bajo sus pies, y que, a pesar de eso, te elija a ti.

—Lo dudo mucho, porque mi hija todo lo que tiene de hermosa lo tiene de burda. Pero me da igual.

—¿Hermosa? —dijo su primo mientras Adam tomaba su mano para cerrar el trato.

Lord Murray asintió y lord Radcliffe lo miró desafiante.

—La belleza sola no es suficiente, lo sabes mejor que nadie —le recordó a Adam, con todo el odio posible.

Adam no le respondió, y se levantó de la mesa.

—Nos vemos en la siguiente temporada, primo. Hasta entonces, espero no tener la desgracia de verte.

Su primo seguía inquieto, mientras los tres juraban guardar el secreto de la apuesta por el bien de esta.

Adam se marchó a su dormitorio pensando en la apuesta y en dónde se había metido por su odio a su primo hermano. Llevaba años sin salir del castillo y ahora... Ahora tendría que presentar a una joven a la próxima temporada y enamorarla.

Lo tenía jodido.

Muy jodido.



Capítulo 1

Anabella

—No me puedo creer que me hayas cambiado para saldar tus deudas.

—Vamos, no te quejes, que ya te espera el carruaje del duque. Vas a ser su protegida. Al fin y al cabo, es tu primo. Nadie verá nada raro. Además, serás presentada en sociedad. ¿No era eso lo que querías?

Mi padre es un ser odioso y egoísta. No tengo su sangre, pero es el único padre que he conocido, y que me dio su apellido cuando nací. Por eso, para mí es mi padre, aunque lo odie y deteste.

Se casó con mi madre porque mi abuelo la obligó, y, al poco de que yo naciera, mi madre murió desangrada. Algunos dijeron que por su culpa, pero nadie sabrá nunca la verdad.

Se quedó conmigo, odiando tener que cuidarme.

Se le da mejor inventar trampas para ganar dinero, aunque no le ha salido muy bien, porque ha ido perdiendo poco a poco toda la herencia que le dejó mi abuelo para que fuera presentada en sociedad.

Juró que me presentaría en sociedad, antes de que mi abuelo muriera, cuando no era más que una niña, pero se gastó mi dinero de la educación. La casa apenas tiene sirvientes y,

aunque vivimos en Londres, casi no salgo de mi casa por miedo a que la gente vea mis horribles ropas remendadas. Soy una lady que, por culpa de mi padre, nunca se ha presentado como tal.

Yo lo creí, a pesar de saber que no estoy lista para ello, y ahora me vende a su primo lejano, al que todos conocen como la Bestia, y del que se rumorean cientos de cosas. Desde que ha matado a alguien, hasta que fue herido por una atractiva mujer cuando se negó a amarla, porque él deseaba ser príncipe por encima de todo, a pesar de haber tenido algo con ella y deshonorarla.

Al parecer, solo la sedujo por aburrimiento... O eso cuentan.

Vive a las afueras de Londres, en un castillo que vi cuando tenía doce años, justo cuando pasó todo, porque mi padre fue invitado a una de sus fiestas.

Me llevó con él porque los sirvientes lo dejaron solo, por falta de pago, y debía acompañarlo o quedarme sola hasta que muriera de hambre. Tampoco es que quisiera más habladurías a su costa.

Entonces, lo vi entre las rosas blancas. Algunas se tiñeron de rojo por su sangre. El corte era profundo y hecho con la clara intención de destrozarse la belleza del joven duque.

Mientras lo cosía me vi admirando la belleza de su rostro.

Aún recuerdo cómo el tocarlo, y tenerlo tan cerca, me hacía temblar. Era el primer hombre con el que me encontraba tan cerca, y que no se trataba de mi horrible padre.

Desde entonces, han pasado siete años, y su vida y la mía han cambiado mucho.

Para empezar, si no soy presentada en sociedad, pronto tendré pocas opciones para contraer matrimonio, pues ya tengo veintiún años.

Aun así, no me puedo creer que mi padre fuera capaz de venderme a su primo.

—Hice una promesa, y esta, al menos, la debo cumplir. —Mi padre se ríe y siento escalofríos. Se me acerca, y me aparto aterrada—. Si en un año no encuentras esposo, tendrás la libertad, con una cuantiosa suma económica para irte lejos. No hice un mal trato. Así que, deja de quejarte y entra al carruaje. He quedado para jugar a las cartas. —Trata de tocarme, pero me aparto agitada—. Me sigues teniendo miedo... —Su mirada se oscurece y se carcajea de mí, como siempre.

Me marchó a mi dormitorio para no retrasar más esto.

Si puedo tener la libertad en un año y estar lejos de este hombre, tal vez este trato no sea tan malo.

Cojo mis pocas pertenencias y entro al carruaje del duque, no sin antes fijarme en el escudo real. Son rosas entrelazadas. Siempre han sido mis flores favoritas. Por eso, esa noche, cuando lo vi, estaba entre ellas.

El vehículo se pone en marcha y aguanto la respiración. Siento que mi vida está a punto de cambiar para siempre.

Adam

—La joven está de camino. —Mi mayordomo Landon entra a mi despacho mientras yo reviso unas cuentas.

—¿Está todo acomodado para ella?

—Sí, señor, pero, si pretende que se enamore de usted, para librarlo de su odioso primo, ¿por qué la ha instalado tan lejos

de sus dependencias y le va a prohibir recorrer el ala oeste del castillo, que es donde está usted?

—Eso es problema mío. El vuestro es ocuparos de que esa joven reciba una buena educación, clases de baile y que la llevéis a comprar nuevos vestidos.

—Ya, señor...

—¡He dicho que es mi problema!

Veo cómo Landon tiembla. Es mi mayordomo desde toda la vida; sigue a mi lado a pesar de mi agrio carácter. Nunca me deja solo, a pesar de la tormenta.

Odio ser así. Odio ser huraño, pero no sé comportarme de otra forma porque odio cada segundo de vida donde mi corazón sigue latiendo en este mundo tan gris.

—Como desee.

Se marcha y sigo revisando todo, hasta que escucho la llegada de un carruaje.

Me asomo por la ventana, sabiendo que se tratará de la joven que supuestamente me debe amar.

No lo hará.

Si la libertad u otro marido, diferente a mí, está entre sus posibilidades, está claro que nunca seré una opción.

Nunca debí hacer esta apuesta, pero mi primo es un ser horrible.

La joven sale del carruaje con una capa de color marrón que oculta su cara.

Entra al castillo y siento como si alguien me acabara de oprimir el corazón.

Hubo un tiempo en que no necesité hacer nada para conseguir cientos de mujeres a mis pies. Solo tenía que sonreír, y mi herencia y mi cara hacían el resto.

Ahora, años más tarde, he olvidado lo que es eso.

Desde hace un tiempo, mi pasatiempo favorito es odiar a todo el mundo, y, lo peor, es que casi todos merecen mi odio.



No tengo muchos sirvientes, pero, los pocos que tengo, están revolucionados con la llegada de Anabella, que así es como se llama la joven.

Ando por los pasillos hasta salir a los jardines.

Mis jardines están llenos de rosas; de rosas rojas como la sangre. Antes eran blancas, pero, tras lo sucedido, odié la pureza de esas flores y mandé que las quemaran. Ordené que solo plantaran rojas. Son de una belleza sin igual, llenas de grandes espinas, que recuerdan que la belleza está sujeta al dolor de estas.

Camino por los jardines hasta que veo al fondo a la joven. Trata de tocar una de las rosas.

Me enfurece su osadía.

Odio que la gente toque las rosas.

Por eso, voy hasta ella olvidando mis pocos modales.

—¿Se puede saber qué hace?! —Mi voz es dura y un poco ronca.

La joven se sobresalta y tropieza al moverse, cayendo al suelo. Mira hacia las sombras, donde estoy, y me quedo petrificado.

Corté todas las rosas blancas, pero ella, entre tantas flores rojas, parece sin duda la rosa más pura. Es como si destacara sobre todas ellas con su cremosa piel rosada.

Su piel es perfecta, sin una mácula, y su belleza corta el aliento; y eso que ahora mismo no puedo verla bien porque parte de su rostro está entre las sombras.

Esta joven tendrá el mundo a sus pies cuando la presente en sociedad, como su primo, el duque.

«Entre todas las opciones nunca me elegiré».

—Buenas noches, señor. Yo... no sabía que no podía tocarlas. —Sonríe. Sus labios son grandes y rojos como mis rosas.

—Solo llevas un día y ya estás dando problemas.

—Yo no pedí estar aquí. —Se levanta y me mira desafiante. El pelo castaño cae por su espalda y sus grandes ojos color ave-llana me miran sin atisbo de miedo.

«Es como esa joven...».

—¿Nos conocemos?

—Lo vi hace años, cuando...

—¿Eres esa molesta joven? —Salgo de entre las sombras y da un paso atrás.

—Esa molesta joven le salvó de morir desangrado, o algo peor. —Su mirada es segura y, a pesar de que voy hacia la luz, no tiembla.

No me tiene miedo.

—Como ve, poco queda de ese hombre.

—Ya veo. —Observa mi largo pelo rubio, mi barba y la máscara negra. Soy muy alto y, con los años, mi cuerpo se ha llenado de músculos, debido al ejercicio físico que hago a diario para mantenerme ocupado—. Sin duda necesita un buen corte de pelo. ¿Acaso despidió al peluquero?

Su sentido del humor me pilla por sorpresa. Sobre todo, cuando sonrío como si mi presencia no la perturbara ni un poco.

«¡Qué mujer más rara!».

He visto a personas salir corriendo solo por tenerme cerca y ella me observa con una dulce y desafiante sonrisa en los labios.

Nos miramos a los ojos y, como hace años, el aire parece cambiar entre los dos. Se vuelve más denso.

—Lo maté —digo, y agranda los ojos.

Entonces, escudriña la mirada y arruga la nariz.

—Lo dudo, pero usted mismo. Ya corren cientos de rumores sobre usted. Así habrá uno más que contar.

Me mira altiva, desafiante y entonces recuerdo de quién es hija. Si ha tenido que soportar vivir con ese hombre, no se asustará con facilidad.

Mi primo es un ser odioso, y no trata bien a nadie. A diferencia de mí, que solo gruño, abusa de su poder con desprecio hacia el resto del mundo.

—No me ponga a prueba, no vaya a ser que descubra usted misma si soy o no capaz de matar a alguien.

—Me gustaría ver cómo lo intenta.

«Joder, esta mujer es toda una revelación».

Puede ser una molestia.

Casi la prefería asustada y callada, pero dudo que Anabella sepa lo que es eso. Siento que va a poner mi vida patas arriba y puede que al final de un año sea yo el que le ceda el castillo a mi primo, sin pelear por él.

Odio las complicaciones y Anabella lo es. Lo siento así.

—Intenta molestarme lo menos posible, Bella.

—Mi nombre es Anabella...

—No para mí.

Me marchó y, cuando entro en el castillo, me voy hasta mis dependencias diciendo a cada sirviente que veo que, como Anabella entre en ellas, estarán todos despedidos.

¡Joder! Yo solo quiero paz, y ella es un torbellino de luz que este castillo no necesitaba. Se está muy bien entre la oscuridad.

Odio a mi primo, pero esto es demasiado.
¡Esta mujer me pone de los nervios!